

# **En los ojos de él**

Armando Arteaga

**En los ojos de él**  
Armando Arteaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Armando Arteaga

Todos los derechos reservados.

Diseño de la cubierta: Natasha Kulander.

Fotografía del autor: Leonardo Licea.

[www.armandoarteagabooks.com](http://www.armandoarteagabooks.com)

Segunda edición: 2022

ISBN: 9798424809880

*«La esperanza sobrevive en las  
personas que se atreven a soñar».*

Armando Arteaga

# Introducción

Desvelo por las noches con una agonía que carcome desde mi alma hasta lo inmóvil de mi cuerpo. Cual aficionado observo cauteloso el dolor que me enferma la mente, propagándose hasta mi pecho y consiguiendo el vómito de emociones que no tienen lógica. Ciertamente, desvanezco por instantes en sueños lúcidos que me llevan a revivir mis fantasías más vívidas y dolientes; claro, solo es eso, fantasías, fantasías alimentadas de mi odio, de mi flaqueza, de mis celos... de mi amor.

¿Cuál es la razón de revivir esto cada eterna noche? ¿Cuánto más viviré así? ¿O es acaso que me gusta esto? ¿Qué clase de persona o cosas puede abrazar el dolor de esta manera? Sí, eso es, una cosa, soy una cosa, me he convertido en eso. Ella lo hizo y tú lo permites, refrescando mi mente con baldes de recuerdos y miedos que no me dan el eterno descanso que anhelo y suplico a ti en oraciones.

Como dice mi madre: «Felicidades, estás vivo».

# **PRIMERA PARTE**

# Capítulo 1

## Ecós del ayer

Olor a mosca en el aire. ¿Cómo empezar? ¿Cómo relatar uno de los capítulos más emblemáticos de tu vida? Aún más complicado, ¿cómo iniciar su registro en un puñado de hojas blancas que te invitan despiadadamente a comenzar y que, a su vez, contienen un hambre tan voraz y letal que intimida a la pluma y que internamente te corta la voz?

No es justificación, pero, ¿cómo inician las grandes historias? Dudo mucho que mi vida tenga una trama interesante o reveladora, hasta para mí es algo tediosa y cuestionable. Por regla general, los artistas son rara vez comprendidos, cosas sin sentido —más que solo para ellos— abundan en sus mentes, creando genialidades cuando se deciden a plasmarlo, pero... ¿cómo lo hacen? Quizás deba conseguir una flor amarilla y colocarla sobre mi mesa, o tal vez despertarme a media noche y vestirme con una túnica blanca.

Da igual, únicamente cuento con esto, una luz amarillenta que no creo que pase la noche, una mesa y una silla de madera, en la cual cada vez que me apoyo en su respaldo para empezar a escribir, cruje de tal forma que espanta mi pensar y me regresa a meditar en mi posición inicial. Y, por si fuera poco, esta mosca grande y verde que no encuentra la salida de mi habitación por más que abra la ventana. Verdaderamente me irrita y, al mismo tiempo, me lleva a fantasear cómo es que una mosca de tales dimensiones llegó a hospedarse aquí y allá, volando de mi mente a mi cama y luego a la puerta.

—¡BASTA! —me grito en medio de la minúscula habitación.

Vamos, todavía conservo un corazón clavado a mi esqueleto. Ocuparé la energía de mi pensamiento en lo que en verdad me trajo a este punto, pero antes, es posible que pueda resolver parte de este embrollo y preguntarme, ¿por qué mi ángel me ha pedido escribirlo? ¿Querrá que note la trivialidad por la que transito? ¿Algo me será revelado? ¿O solamente se trata de ocupar el tiempo? En algún momento lo escuché: «Escribir tus sentimientos te ayuda a vaciar la mente y a despejar el alma». Tal vez la terapia se resume en coger una libreta indefensa y acribillarla drenando todo lo que aconteces, nublando hasta el último de tus sentidos, para que al final, boquiabierto, vislumbres la luz en el túnel.

Cierto es que mis líneas no forman parte de un diario; no es poesía, pues carece de toda técnica literaria y de un lenguaje vivo y descriptivo; posee un inicio, un desarrollo, aunque no un final, por ello que tampoco es un cuento —incluso puede ser que ni un final cercano tenga, y menos feliz—. Sin embargo, estoy dejando en cada letra lo que me queda de alma.

—¡Por Dios que trato de escribir! Trato de continuar... ¿Por Dios? ¿Te estás escuchando? Por él estás aquí —me recrimino tajantemente.

Y es que no puedo evitar añorar en demasía aquellos días cuando era invisible para él, cuando no se empeñaba en complicar mi existencia. Ahora, todo parece parte de un infame juego, de una maldición terrenal, de un infierno vivo. ¿Quién no ha pasado por esto? El sentimiento más universal es, a su vez, el sufrimiento más universal. ¿Quién en este mundo no ha caminado por estos andadores, de los cuales se desprende una muerte lenta?

Solo deseo tener un día normal y ya no más de esto. Pues este universo alterno me tiene al borde de la demencia. Vivo con el eterno miedo de cerrar mis ojos, pues siempre, al volverlos a abrir y mirar a mi alrededor, me encuentro circundado por esa gran masa gris de edificios, torres y construcciones que me hacen confundir la realidad y el más allá. Para mí es común encontrar la desesperación en dicho sitio, penumbras que se mezclan con el temido viento que ruge en todas direcciones, y las sombras de sus puentes que muestran un sinfín de caminos y posibilidades, ¿pero un presente sin propósito qué camino puedo seguir? —Me es inevitable pensar que todo esto es un desperdicio—. Además, también está esa inquietante mirada en los cielos, reclusa en la absoluta perdición y dominada por la mente negativa, envuelta por demonios que pisan mis talones con un hambre de muerte tan cruda y visceral como buitres. Mientras que mi ángel me sugiere enfocarme y prestar atención al ritmo de la vida; en sus sabias palabras: «A veces todo parece

ser irónicamente necesario, tanto como que un paisaje oscuro compone un perfecto horizonte».

Estos episodios son tan insoportables que los días se han vuelto insípidos. Estoy cansado de tener visiones desgarradoras, de observar mi entorno con reserva. Ya no puedo contemplar ninguna flor, mi mente las distorsiona mostrándome cómo se derriten en un líquido rojizo, como si fuese sangre animal, bañando al césped y filtrándose en la tierra fértil, provocando el nacimiento de inmaculadas rosas, enamorando a la naturaleza misma con su siniestro origen. De igual forma, los alimentos han dejado de tener relevancia en mi paladar, ahora miro con asco muchas de mis comidas favoritas, asociando el sabor con el vil y desventurado futuro. Así también, el tiempo y su minuterero suenan para mis oídos como un dulce vals de muerte, elegante y dócil, conquistador y fúnebre, encariñando su compás a un camino agotador y perpetuo.

Sin duda, demasiadas perversiones habitan esta realidad, mi realidad. No sé cómo sucedió, pero he abierto la puerta a algo desconocido, irreal y perturbador; hablar del choque de estos mundos, de la fantasía y de mis vidas paralelas no tiene ningún sentido por ahora; de modo que debo comenzar con el recuerdo de mi primer contacto, tan real y caótico como lo viví.

Fue hace ya algunos años. Me levanté muy apenas de mi cama, justo antes de salir el sol. Mis sandalias, como dos tallas más grandes, logré arrastrarlas hasta el baño. Abrí por completo la llave del agua caliente y después, con lentitud, la llave del agua fría; introduje mecánicamente la palma de mi mano, el brazo, un pie, luego la pierna y de un golpe entré por completo a la

bañera. Si bien, aún sin despertar del todo me bañé como pude y me preparé para desayunar —desayunar lo habitual— cuatro *hot cakes* con desbordante mantequilla y un licuado de chocolate —me cuesta trabajo comprender cómo es que cabía tanta comida en un cuerpo tan pequeño— y, que además complementaba con un vaso de *yogur* y otro más de fruta de temporada.

Más tarde, desfilé hasta la puerta de la entrada cargando mi pesada e insuficiente mochila. Solía imaginar que era un aguerido soldado marchando por un gran campo gris con descomunal ruido, balas, explosiones y gritos; equipado con su mochila y su fusil, listo para el último combate, pero el beso de mi bella madre era vital en mi mejilla, tenía la valiente e importante tarea de hacerme saber que no estaba en ese lugar, que me encontraba en casa y que, en realidad, estaba a punto de ir a la escuela.

Mi hermano —mayor que yo un par de años— me guiaba al subir y bajar del coche de papá, quien armonizaba el viaje con esa canción que tanto le gusta, mientras que mi mamá y mi hermana pequeña se despedían de nosotros.

Ya en la escuela, mi hermano se enfiló a su salón y yo, intentando despertar todavía, me dirigía al mío —hasta ese momento todo seguía dentro de los parámetros cotidianos—. Al caminar por los largos pasillos, concentraba todo mi ser en quitar los últimos registros de pasta de dientes de mi uniforme azul marino, el cual contrastaba con esa enorme mancha blanca como nieve a media noche; de pronto, noté un peculiar aroma fresco, suave y dulce, una fragancia que, al parecer, ya antes había percibido, pero que ahora cobraba un nuevo sentido para mí, logrando que mi vista se apartara de mi suéter y haciendo que todo se volviera pausado, lento, cuadro por cuadro. El aroma penetró

en mí de cierto modo que erizó mi piel, sentí un vacío en el estómago, estaba más liviano, pensaba un millar de cosas y en nada a la vez. Hubo una emoción extraña, el ambiente era armónico con la situación, mi postura se enderezó y mis ojos se abrieron más de lo normal, igual que dos faros alumbrando en la niebla. Sentí algo en el pecho, un ligero tictac, tictac; era el latir de mi corazón que por alguna misteriosa razón lograba percibir por primera vez. No oía nada del exterior, fue como si mis oídos se hubiesen sellado en un acto de salvación. Sigilosamente, el nervio se apoderó de mí, igual que una sombra entrando a una habitación, con delicadeza y sin ruido; mis extremidades se pusieron cada vez más frías y sentía por instantes que abandonaba mi cuerpo. Ella cruzó frente a mí, dibujó una tierna sonrisa y continuó con su andar.

Poco a poco regresé a ser yo. Llegué a mi salón de clases con mis compañeros y no dije nada, creo que no sabía qué decir, simplemente, ese día sucedió.

No hay forma de evitarlo, los síntomas saltan a la vista. Tu vida cambia de manera radical, te comportas extraño, sueñas de más y comes de más —llegaba a comer hasta seis *hot cakes* por la mañana—. Almacenas cantidades descomunales de energía que se esconden en alguna parte de tu inquieto cuerpo y tienes una tonta sonrisa de todo y por nada —una sonrisa que llega a asustar—. Así es, sí, mi primer contacto, me había enamorado.

En los siguientes días, quería ser el primero en salir de mi salón, para, «accidentalmente», encontrarla. No podía creerlo, con cada día que pasaba me volvía más adicto a esos sentimientos. Recuerdo pensar: «¿Volveré a ser normal algún día?». Y al mismo tiempo me respondía: «¿Qué es ser normal? ¿Quién en

este vertiginoso mundo lo es?»». Quería dejar de ser ese chico promedio y destacar para ser visto por ella. Hablaba más fuerte, hacía demasiados ademanes y, «casualmente», pasaba una y otra y otra y otra vez cerca de su salón.

Una mañana, me di cuenta de que uno de mis amigos pasaba por lo mismo —es imposible ocultarlo y más por esa tonta sonrisa de la que hablo—. Bastó entre ambos un cruce de miradas para contarnos todo; y cual gripe, cada uno de mis compañeros fueron sucumbiendo a su vez.

El amor es la droga más poderosa del mundo y como cualquier otra droga, te puedes perder en ella, enfermar hasta morir y nunca... jamás, encontrar la salida.

Después de meditar durante días, semanas y meses, creé una estrategia a la cual le busqué fallas que nunca encontré, en pocas palabras era un plan perfecto. Confiando en mi obra maestra, solo esperé a reunir el valor necesario para llevarlo a cabo. Y así fue, un día desperté y supe que era el momento, no pensaba en un mañana. Estaba decidido, mi semblante no se escondía ni con el viento helado del amanecer y mi valentía no retrocedía ante las ideas negativas; incluso en mi mente podía verme a mí mismo ejecutar el plan, era una visualización tan real que mi corazón se deshacía en bruscas palpitaciones.

Estando en mi salón de clases, las emociones las podía sentir, emanaban fuera de mí y supe que por fin tenía lo necesario para caminar hacia ella y no morir en la línea. Fijé el rumbo y salí en su búsqueda. Cuando me aproximaba, todo sucedía de nuevo en cada uno de mis pasos. Los sentimientos se desencadenaban y, por lo que recuerdo, otra vez todo era pausado, el tictac de mi corazón era cada vez más intenso y me acompañaba como

música de fondo en mi odisea. Traté de dar media vuelta e intentar pensarlo nuevamente, pero cierto era que mi pecho no soportaría más esa bomba de emociones. Tomé profundo aire y a paso firme me paré delante de ella, quien reposaba su espalda en las bardas blancas de los salones de arte. Sus amigas enseguida lo entendieron, sabían que esto se resolvería exclusivamente entre ella y yo, optando con inteligencia por apartarse del camino y abandonar el lugar.

Una vez que estuvimos solos, con suerte le pude sostener la mirada, cuando mis oídos volvieron a taparse. Recuerdo que dejé de percibir a las personas que continuaban con su día a nuestro alrededor, y pronto los dos nos mudamos a otra dimensión, donde únicamente ella y yo existíamos. Podría jurar que me temblaban las mejillas en cada uno de los miles de intentos por articular palabras, pero con increíble esfuerzo me sobrepuse y logré decir:

—Hola.

—Hola —respondió sin problema alguno, luciendo tan natural como siempre.

—¿Cómo estás? —pregunté conteniendo mis nervios y preparando el terreno.

—Muy bien, ¿y tú?

—Quería decirte algo, bien... estoy bien, gracias —apenas y podía balbucear escuetas palabras.

Era más que obvio que a estas alturas yo no era capaz ni de mantener una simple conversación.

—Te escucho —dijo.

Ella se limitaba a sonreír sin apartar la vista de mí, era adorable. Su mano izquierda jugaba con su largo cabello castaño, en-

rollándolo y pasándolo de un dedo a otro, al mismo tiempo que usaba el brazo derecho para sostener su paleta, la cual era de un color rojo intenso que se encargaba de maquillar sus inocentes labios y de endulzar su aliento a cereza.

—Me gustas —confesé de golpe.

Su sonrisa se cubrió de seriedad y con una pausa retiró la paleta de su boca. Todo era silencio —yo, en mi interior, acababa de lanzar la bomba, era testigo de cómo todas mis emociones fluían.

En un abrir y cerrar de ojos, su perfecta sonrisa volvió a emerger, reluciendo al sol como carrocería recién encerada. «¿Qué significa eso? —me interrogaba en mis adentros—. No debiste decírselo, márchate, sal de aquí, ¡ya!». Si bien me lo gritaba con extrema desesperación, no me moví de ahí ni un centímetro.

Y sin más reparos lo soltó en una sola frase:

—Tú también me gustas.

## Capítulo 2

### Caos

¿Qué? ¿Era verdad lo que decía? ¿Tan sencillo fue? ¿De verdad? «Sigamos con el plan», pensé. ¿Cuál plan? El plan ya había terminado, mi plan rigurosamente meditado y pulido finalizaba con mi confesión: «Me gustas». ¿Qué seguía? —Estaba perplejo, así que no hice más que sonreír y algo, o más bien dicho alguien entrelazó nuestras manos—. Ella se acercó y me besó la mejilla. No podía ser cierto, caminábamos por la escuela sin soltarnos la mano y sin pronunciar palabra alguna.

¡BOOM! La bomba había dado en el blanco, todo en mi interior era celebración y gritos de alegría —juro que se sentía tan bien—.

Lo que aconteció fue especial. Los mundos en los que cada uno habíamos nacido y crecido ahora se unían y formaban un solo hábitat para los dos, un solo cielo, un solo pensamiento, una sola emoción... un todo.

Recuerdo haber regresado a casa de muy buen humor, reía con cualquier cosa que aparecía frente a mí, hasta con las novelas que solía ver mamá durante el día.

El programa nocturno había comenzado, y después de que mamá pasara toda la tarde preparando la cena, al fin estábamos reunidos los cuatro. La familia estaba lista para compartir los alimentos y solamente esperábamos a que llegara papá. Yo con evidente hambre, pensaba en comer toda mi comida y lo que dejará mi hermana menor en su plato.

Con rapidez y de un movimiento la puerta de la entrada se abrió, papá había llegado —recuerdo que su arribo fue inapropiadamente serio— justo con su maletín y su abrigo bajo el brazo y un fuerte olor a cigarro. En total silencio guardó cada cosa en su lugar, el maletín a un costado de su escritorio y el abrigo en su *closet*, junto al otro abrigo azul marino que vestía los domingos en misa. Sin titubear entró a su cuarto, quitó sus zapatos y calcetines para después ponerse más cómodo. Ya para ese entonces conocíamos ese ritual, el cual nos comunicaba que papá había tenido un mal día en su trabajo.

Con singular reserva se acercó a la televisión y apagó el programa que veíamos, como si quisiera hacer notar su autoridad en la casa. Enseguida tomó su lugar junto a mamá y fue así que, súbitamente, un frío recorrió cada uno de los platos sobre la mesa, a la vez que un sepulcral silencio enterró nuestras sonrisas. Nadie en absoluto hacía contacto visual, únicamente mirábamos nuestros cubiertos, suplicando al eco de nuestras mentes que pronto acabáramos con la ración de comida que mamá nos había servido.

Quise coger mi cuchara, pero mi mano derecha temblaba de manera inoportuna, como si mis músculos, nervios y tendones marcharan al unísono. En esencia, me costaba demasiado tragar mis alimentos, por lo que mi feroz hambre pasó a ser un triste recuerdo que provocaba náuseas en mí. Me faltaba el aire y mi garganta se tensaba más y más con cada segundo que transcurría. Dentro de aquel aterrador silencio que nos ataviaba, podía escuchar el andar del viejo reloj de cuerda que el abuelo le había obsequiado a papá cuando este apenas era un adolescente.

Traté de masticar un poco de comida, pero no pude resistir más la tensión, así que fue vital abrir la boca y tomar una gran bocanada de aire —¡Error! Abrir la boca al comer en casa significaba una severa falta de educación—. Fue una terrible decisión y, claro, una mirada rábica de mi padre se impuso en mis acciones, empuñó con fuerza el mango de su tenedor y me señaló.

—¿Qué acabas de hacer?! —dijo iracundo, con las venas de sus sienes sobresaltándose y la mandíbula comprimiendo sus muelas.

No contesté, sabía que había cometido una muy grave falta. Pensé en llorar, pero sabía que si esto sucedía papá perdería la cabeza —situación que ya ocurría—, resultando aún más trágico para todos. ¿Qué podría decir en mi defensa? Temeroso, miraba sin parpadear mi plato y mis manos entre las piernas se apretaban mutuamente, deteniendo por instantes el temblor de mi muñeca.

—¿Qué acabas de hacer? ¡Contesta! —reiteró papá, el ambiente era cada vez más insostenible.

La presión entre mis manos era tan fuerte, que pensaba que mis dedos en algún momento se romperían y que quizás eso dis-

traería la atención de mi error. Era una posible salida, dolorosa, pero una salida.

Una lágrima bañó mi ojo y decidió mostrarse en mi rostro, resbalando por mi pómulo y encausándose hasta la comisura de mis labios —esta era tibia y recuerdo un sabor ligero a mar—. Estaba perdido y la tensión en la mesa era demasiada, cuando de manera apresurada mamá entró en mi defensa.

—Sabes que no debes comer con la boca abierta, mi amor, procura no hacerlo de nuevo —asentó con un tono suave y amoroso.

—Sí —afirmé con la voz disminuida, con el temor asomándose en entre mis dientes y manteniendo la mirada en mis muslos.

Papá volcó su interés en ella; por desgracia, mamá se había sacrificado una vez más por nosotros, por mí, por mi error.

—¿No lo castigarás? —cuestionó papá enérgico.

Mamá no decía nada. Al parecer, él solo buscaba algún motivo o excusa para sacar su cúmulo de emociones negativas que había recabado a lo largo de su trabajo. Emociones que con total seguridad habían sido transmitidas por el jefe a su subordinado temprano por la mañana, para que después ese hombre lo trasladara a su empleado y su empleado, el jefe de papá, lo depositará en él, quien lo descargaba todo en las personas que más amaba, por quienes soportó todo durante su día, concluyendo con el ciclo de esos sentimientos indeseados en los corazones de nosotros, su familia.

En lo personal todavía no lo comprendo. Creo que es imposible no vivir estresado y enfermo con rutinas, horarios, ayunos, pendientes, órdenes, tráfico, deudas, presión y otras tantas cosas